

PQ
8549
.V3
A6
2004
cop.1

Luisa del Valle Silva

Antología poética

MONTE ÁVILA EDITORES
LATINOAMERICANA

MONTE ÁVILA EDITORES
LATINOAMERICANA
A L T A Z O R

Antología poética

Luisa del Valle Silva
(1896 - 1962)

SELECCIÓN Y PREFACIO
ALFREDO SILVA ESTRADA

MONTE ÁVILA EDITORES
LATINOAMERICANA

Ella, tan tierna y enraizada:

Luisa del Valle Silva

PO 8549

V3

A6

2004

Sin olvidar su dimensión artística, su carácter de hechura estética, podemos afirmar que la poesía es una forma de la verdad porque muestra con una evidencia que, según palabras de Pierre Reverdy en su Libro de abordo, «paraliza la demostración», el despliegue del Ser a través del lenguaje de un ser, con sus estrecheces y horizontes, sus claridades y sus sombras, sus secretos que él mismo nunca logra descifrar por completo, vueltos carne de poema.

Esta verdad consustancial a lo poético es, sin duda, opuesta a la verdad demostrable del pensamiento lógico y raciocinante: es verdad de palabra encarnada, verdad de vida, unida a esplendores y derrumbes, exaltaciones y quebrantos, a lo que se revela y a lo que se oculta, a lo que se canta y a lo que queda replegado en el silencio, hundido en lo no-dicho, ahogado en lo indecible. Al serle fiel en su obra y en su existencia, el poeta es quien da testimonio de verdad ontológica, no formulada filosóficamente, original en la singularidad de cada voz.

Mi vida tiene el privilegio de haber sido testigo —por cercanía filial y amorosa— de una existencia plena y ejemplarmente poética: la de mi tía paterna Luisa del Valle Silva. En su voz, para mí tutelar, verdad y poesía constituyeron una sola vocación, un solo y sostenido movimiento proyectado desde una inquebrantable raigambre ética.

Después de sus primeros poemas candorosamente panteístas, en los cuales, no obstante, la poetisa ya sabía, gracias

1^a edición, 2004

ILUSTRACIÓN DE PORTADA

Monodia cromática

ARMANDO BARRIOS

Colección Itala Ricci

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA, C.A., 2003

Apartado Postal 70712, Caracas, Venezuela

Telefax: (58-212) 263.8508

maelca@telcel.net.ve

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal N° lf5002004800160

ISBN 980-01-1192-1

a un saber sensible —el saber y el sentir de sus pies infantiles acariciando el suelo— que bajo el pobre polvo humillado / abajo, muy abajo, también hay cielo, Luisa del Valle Silva supo arrancar de sus ojos muchas vendas ilusorias que le desdibujaban la verdadera vida, para mirar de frente la luz, aunque hiera... y sacudir unos puñados de luz entre la sombra para buscar la verdad desnuda de la realidad con todos sus aspectos descarnados, hermosos o trágicos.

Pertenece Luisa del Valle Silva a ese linaje de poetas para quienes su ejercicio se confunde íntegramente con el propio existir. «La poesía como ejercicio espiritual», escribió el filósofo y poeta francés Jean Wahl. A esta bella definición, Luisa del Valle respondió espontáneamente a todo lo largo de su obra, con esa entonación suya de marcada serenidad («poesía balsámica y palpitante que restaura el reino del corazón en las letras modernas»), la calificó el poeta ecuatoriano Jorge Carrera Andrade). Poesía asumida —recordando de nuevo a Jean Wahl— como ejercicio de aliento y ritmo, «y su ritmo será pasividad y actividad, una pasividad que hace subir una actividad».

A comienzos de siglo, una poetisa y maestra adolescente, de frágil y bella presencia (asombrosamente rubia bajo el rotundo sol del trópico), en una escuelita del puerto de Carúpano enseña a leer a sus alumnos en un libro de poemas, aplicando el mismo método intuitivo que ella, fatalmente autodidacta, había descubierto en su infancia, cuando sus tías, de procedencia europea, se esmeraban en revelarle los románticos franceses. El desbordamiento de las primeras lecturas hacia el paisaje, era el movimiento natural en la poetisa adolescente, contem-

plativa y soñadora, deslumbrada de azul y sol. En el poemario póstumo Sin tiempo y sin espacio, la evocación purísima anulará las distancias espacio-temporales. Y aunando imaginación y memoria, la transparencia de la visión fundirá las fuentes sensoriales con el sentimiento de lo perenne y de la trascendencia.

En *Sin tiempo y sin espacio* —tal como afirma Hugo García Robles— «la palabra transmuta la memoria del pasado en tiempo poético presente». Así, la mirada de los seres queridos desaparecidos, inmersa en nuestros párpados cerrados, revive todo un mundo imaginario donde todo el ayer es hoy. *La casa de la infancia, ya destruida, arraiga y se yergue dentro del poema donde retornan pasos, ecos de voces ya dormidas y trasplantados del ayer remoto / reverdecen los árboles amigos. Las fronteras de ayer, hoy y mañana, por virtud de la imaginación poética rememorando la infancia, se entremezclan, se disuelven en un puro y fecundo deslumbramiento:*

Aquella casa de los dulces días
arraiga y se levanta sobre el polvo
de sus cimientos desaparecidos.
Bajo su alero tutelar retornan
pasos, ecos de voces ya dormidas;
se llena el aire de sus corredores
con las enredaderas de las risas.
Y transplantados del ayer remoto
reverdecen los árboles amigos.
Todo aquel mundo vegetal embosca
trayendo las colmenas y los nidos.

Allí el aula sin límites en donde una niñez en éxtasis podía leer el vuelo de las mariposas, la sombra del parral sobre los lirios y grabar para siempre las canciones de los cañaverales en la brisa.

Allá, en su pequeño puerto, que por aquellos años parecía tan lejano a los habitantes de la capital, en el íntimo y a la vez vastísimo mundo de esa ciudad con su ronda de colinas bajando hacia las playas, frente al mar Caribe desenvolviendo su maravilla próxima y distante, en ese pueblo cálido abierto, al ofrecer su pecho al mar, escribió Luisa del Valle Silva sus primeros poemas cuando apenas había cumplido los diez años. El eco, la presencia de aquel puerto y de aquel mar que la bautizó, no dejarán de resonar a lo largo de casi toda su poesía.

En la ciudad el mar desenvolviendo su maravilla próxima y distante. Caracoles y espuma en la ribera mientras en el confín al cielo alcanza.

(...)

Nuestro mar, nuestro mar, uno y diverso, ofreciendo una faz en cada playa; dando su ritmo al respirar del pueblo y el eco de su voz a las palabras.

Luisa del Valle recoge una selección de sus poemas escritos entre 1917 y 1925 en Ventanas de ensueño, volumen publicado en Caracas en 1930. Sus poemas acusan una original entonación romántica, extrañamente concisa y ceñida en sus mejores momentos. Ejemplo de ello es el titulado Si yo quisiera:

Si yo quisiera, ¡cómo saltaría el torrente!
Es mi mano la piedra que corta la corriente
y mi voluntad fija la fuerza de mi mano.

¡Ah! Si yo lo quisiera, ¡cómo desbordaría
y arrollándolo todo llegaría
hasta el fondo sin fondo del océano!

Pero no... ante el empuje está mi mano fuerte,
fuerte como la vida, fuerte como la muerte,
y lo que ser pudiera
desbordado torrente, es sólo manso hilo
de agua que va tranquilo
lamiendo las humildes flores de la ribera.

Aunque en ocasiones desatara en el ritmo del poema las oleadas dionisíacas de su intensa sensibilidad, como ese canto poderosamente sonoro donde increpa a su Abuelo mar, viejo mar embustero que no ha cumplido su promesa a la joven soñadora, a la vez que ella juguetea con él...

En tus barbas de espuma hundo el rostro y las manos
y me dejo cubrir
por tu manto que envuelve peligrosos arcanos,
y oyendo que enojado ruge, rompo a reír.

Luego sobre tu espalda temblorosa
me sostengo dejándome llevar...
Voy hacia el sol poniente, deslumbrada, gozosa...
¡qué bien me llevas, mar!

...desde un comienzo, Luisa del Valle eligió lo más a menudo para su vehemencia y, también, para su angustia contenida, un cauce apacible, de recogimiento, de humildad franciscana. La poetisa es consciente de la fragilidad, de la fugacidad de la existencia:

Yo voy de paso... Apenas tengo tiempo de amar
Este amor hacia todo que aletea en mi ser
es tan sólo el saludo de un viajero al pasar.

Yo sé que están abiertas siempre las alas. Hoy
saludan amorosas para luego partir.
Si sé que a la llegada ya de partida estoy...
¿cómo no amar y sonreír?

«Poesía romántica en su esencia, y en el más noble sentido de la palabra» —la situará Fernando Paz Castillo—. En una entrevista periodística con Pálmenes Yarza, Luisa del Valle declaró resueltamente: «...los románticos me invadían sin darme cuenta. Mi generación fue romántica. No hay cuestión».

La lectura de los poetas románticos y el paisaje, su playa salvaje donde el mar se hace trizas cantando bajo el sol, formaron la inicial voz poética de Luisa del Valle Silva.

El mar no es sólo objeto de evocación sentimental cuando ella lo tiene distante de sus ojos... En el poema escrito en 1928, «Te oí una tarde», dedicado a la declamadora Blanca

Arnaudt, el mar es protagonista de la rememoración transformada metafóricamente en una renovación de gozosa presencia:

Blanca... soy de una playa
distante de mis ojos hoy.
Una playa salvaje
donde el mar se hace trizas cantando bajo el sol.
Ese fue el canto que nutrió mi vida...
Tengo hambre de esa voz...
Mis oídos la imploran a todos los sonidos
y el recuerdo la sorbe
en la espiral del caracol.

Fue una tarde... Tú decías
aquel canto de Gabriela Mistral:
«Mi corazón va en la proa,
lávalo mar, lávalo mar...»

Cerré los ojos...
había un caracol en tu garganta
y el mar en él se oía sollozar...
Agua azul del recuerdo... Tardes mías
de sol, de viento y sal...
Blandura de la arena
bajo mis pies... Cantar
de pescadores... ¡Toda
la voz lejana de mis playas, Blanca!
¡Me eché a nadar
en la voz tuya, y me sentí esa tarde
como cuando salía del mar!

A diferencia del alucinado José Antonio Ramos Sucre —que ella tanto admiraba— cuyos recuerdos, tal como leemos en el Preludio de La torre de Timón, huyen y vuelven con el ritmo de las fatigadas olas, el mar es para Luisa del Valle Silva símbolo de exaltante movimiento, de vitalidad, de depuración física y espiritual. Cuando el silencio y la soledad la ahogan y la espantan, lejos de desear permanecer entre vacías tinieblas y percibir el movimiento como signo molesto de la realidad, que tanto atormentara al genial cumanés, la poetisa, enfrentada a un torturante «Reloj gris», exclama:

Quisiera en este instante ver el mar.
Ver algo que se mueva, que cante, que me diga
cómo la vida es buena...

En los años de la Segunda Guerra Mundial, el mar de la poetisa es a la vez de evasión y de dolorosa conciencia ante la tragedia que está conmocionando al mundo.

En el poema «La hora» el mar de Luisa del Valle, que es el mar de todos los seres humanos, se impregna de angustia, se tiñe de sangre:

¿Miraremos de nuevo el mar y el cielo
de horizonte y espacio como azules llamadas,
sin evocar el perfil de la muerte
y pensar que las olas deslén sangre hermana?

Y en «Agua del mar», poema escrito en Cumaná en 1944, se condensan en ritmos de universo la tragedia bélica apenas ensordecida, al mismo tiempo que la embriaguez gozosa del poeta sumergido en los poderes del mar:

Agua del mar, agua del mar que juegas
con polvo de milenios desleídos
mientras resguardas células futuras.
Agua del mar que sorbes tempestades
y saboreas iris y crepúsculos
o disuelves azúcares de luna.

(...)

Agua del mar, corremos a tus brazos
como las ondas vienen desde el río
agobiadas con paisajes de tierra.
Álzanos en tu abrazo, y con tu espuma
haz espuma también sobre los hombros
la carga siempre igual de cada día.

(...)

Con tu suave rozar sobre la arena
arranca las raíces invisibles
que nos atan los pies a otros caminos,
caminos polvorrientos de inquietudes,
fatigados por todas las pisadas,
cubiertos con dolor de barro humano.

Agua del mar, agua del mar, acuna
este amor que te cae sobre el regazo
y sosténnos en ti, de cara al cielo,
desprendidos de todo, desanclados...

(...)

Con la línea que abarca el horizonte
y la curva dorada de la playa
sé tú como paréntesis de olvido,
olvido de ese mundo que nos llama
de la orilla y detrás del horizonte
con levantadas voces de tragedia.
Agua del mar, que de ese mundo guardas,
con serenas portadas de paisajes,
la historia traducida en cataclismos,
desde tu acogedora omnisapiencia,
agua del mar, estas horas felices
en tu claro paréntesis esconde.

El crítico Jesús Semprún estuvo entre los primeros en celebrarla consagratoriamente. «Hermoso amanecer de poeta —escribirá Enriqueta Arvelo Larriva—. Quizás ninguna de nuestras cultivadoras de poesía ha sido saludada con mayor entusiasmo.»

El 3 de septiembre de 1926, recién llegada de Carúpano, el poeta Rodolfo Moleiro presenta a su compañera de generación en el Teatro Municipal de Caracas, con palabras de encendida admiración y fraternidad poética, exaltando por igual a la poetisa de «versos tornasolados y caprichosos» y a la maestra que ante una modesta mesa provinciana alista «innumerables huestes para la victoria silenciosa».

Por aquellos años veinte, aunque mucho ya había escrito desde su niñez, Luisa del Valle no había publicado aún ningún libro. Y ya entonces comenzaban a gestarse en ella, impulsada seguramente por sus labores pedagógicas que la ponían en contacto con su pueblo, sus inquietudes por las

reivindicaciones sociales. No hay que olvidar que, junto a su admirable quehacer poético, Luisa del Valle fue una de nuestras primeras luchadoras por los derechos de la mujer. Perteneció a los grupos fundadores de la Asociación de Escritores Venezolanos, de la Federación Venezolana de Maestros, de la Asociación Venezolana de Mujeres, de la Agrupación Cultural Femenina, del Ateneo de Caracas y de la Asociación Cultural Interamericana.

Desde 1936, se consagró a una abnegada labor de alfabetización, aplicando un método personal, experimentado y eficaz, que se oponía activamente a las campañas alfabetizadoras improvisadas y demagógicas de los partidos políticos.

Algunos de los poemas que dijo aquella noche de su recital en el Teatro Municipal formarían parte de Ventanas de ensueño, primera selección de su obra escrita entre 1917 y 1925 que ella decide publicar en la Editorial Elite, en 1930.

El poeta español Manuel Altolaguirre edita en 1941, en La Habana, en su imprenta La Verónica, los tres volúmenes que recogen la producción poética de Luisa, comprendida entre 1926 y 1940: Humo, Amor y Luz.

La trayectoria poética de Luisa del Valle Silva, como apunta acertadamente Hugo García Robles, registra «al mismo tiempo que la marcha de las nuevas resonancias temáticas, una creciente madurez formal», en la cual predominaba «una cuidada disposición de endecasílabos que se tornan el metro casi siempre elegido».

En efecto, ya en el poemario Humo (1926 - 1929) percibimos que la poetisa se distancia del suave panteísmo para

asumir un tono más recio y vibrante, de más hondo acento existencial. En el poema «Yo no sé», nos dice:

En el turbio horizonte inescrutable
la mirada se abisma...
De querer sondear tanto me he hundido en lo insondable,
me he perdido en mí misma.

De Humo es también uno de los poemas que, a mi manera de sentir, alcanza mayor depuración y mayor fuerza expresiva. Me refiero al titulado «Regreso». Formalmente, «Regreso» (que se diría casi una confidencia) refresca ciertos lugares comunes: *dura piedra negra de la orilla, mar azul, hollado por el adjetivo «blando»*.

En semejante regreso nos hallamos ante el umbral de un inquietante despertar, sobre el límite que separa sutilmente lo onírico y lo real, la sensación de un extraño retorno, el emerger del inconsciente desde la vaguedad del sueño hacia la conciencia sorprendida en su reencuentro con lo real. Extrañeza de estar, juego dialéctico entre la memoria y el olvido, ¿no son éstos, acaso, movimientos constantes o, al menos, algunos de ellos, frecuentes, recurrentes, que sostienen y activan toda auténtica poesía?

Vengo de muy lejos...
de no sé qué país...
Vengo de regreso de un sueño...
¿Podré acaso volver a vivir?

Regreso de un sueño...
dejadme en silencio llegar...

¡Qué dura es la piedra negra de la orilla!
¡Qué blando, qué azul es el mar!

Regreso de un sueño... ¿Qué traigo?
Traigo... ¡qué sé yo!
Unas veces pienso que traigo un tesoro
y otras que el tesoro jamás existió.

Regreso... No conozco a nadie...
Nadie me conoce... ¿Cuánto ha que parti?
Hay que caminar por la tierra de nuevo...
¡volver a vivir!

Afirmaba Mariano Picón Salas, generalizando, que la poesía amatoria escrita por mujeres en Latinoamérica era, casi siempre, poesía en celo, poesía de arrebato o de insatisfacción sexual. No podría decirse lo mismo de Luisa del Valle Silva, cuya poesía amorosa está hecha de suavidad y contencción, y también de reciedumbre cuando el amor personal trasciende a amor universal y solidario con el mundo, con las bellezas y sufrimientos del mundo:

¡Sólo el amor pudiera,
diluyéndose en todo,
realizar el prodigo renovador!

Canta la poetisa el amor —escribe José Antonio Rial— pero traduce a goce espiritual y a ternura los deliquios de los amantes, precisamente porque éste es el temperamento de esta mujer que destila hacia su intimidad sensaciones, hasta las más epidérmicas o las más sensuales y convierte en tema del corazón lo que otro poeta vería en su desnudez carnal.

Lo constatamos así en un poema de tan bella síntesis como el titulado «Espera»:

Ahora sí sé bien lo que es la espera,
¡cómo la estoy viviendo!
Cansancio de la hora interminable,
angustia de la hora que no llega.
Dolor de voz ahogada
con bocado de sombra,
en garganta de pájaro que espera
la salida del sol.

Boca con sed, abierta
bajo la gota de agua
que no cae.
Hambre de emoción nueva
recién caída sobre el corazón.
Hambre... y para engañarla
morder la fruta seca del recuerdo.

En el poemario Luz (1930-1940) las preocupaciones sociales y humanitarias de la autora, signadas por una urgencia sentimental en el decir, opacan a menudo el logro poético. No es injusto Hugo García Robles al afirmar que en algunos poemas de Luz «el sentimiento se desborda sin acertar con la vía verbal». No obstante, la nobleza y el dominio del lenguaje están siempre presentes, aunque no siempre lo esté —es preciso reconocerlo— el alcance poético propiamente dicho. Pero sería difícil negar que sí lo está, con fuerza y natural concisión, en textos donde se muestra —como en el titulado

«En el parque»— que la estatura del poeta no se ha desvanecido en la inmediatez de sus inquietudes sociales:

Ese gran árbol viejo
está ahí deshojando sermones pesimistas
sobre los otros árboles.
Con su voz de hojas secas
dice de vanidad de vanidades.
Y el césped infantil, loco de brisa,
se entretiene jugando
con el montón de hojas
que no le dice nada.
Y un limonero verde,
casi negro de verde,
suelta una carcajada de azahares.

Después de publicar sus cuatro primeros poemarios, Luisa del Valle pareció entregarse —vencida, quién sabe por cuál combate interior— a un completo silencio.

Se trataba, en verdad, de un silencio henchido y desbordante de mil voces hundidas que se revelará (y se rebelará) en su quinto poemario, titulado justamente En silencio, publicado en 1961 por la revista Lírica Hispana. En su primer poema leemos:

Estar así en silencio, con mil voces hundidas,
ahogadas en la propia plenitud,
como picos de pájaros colmados en la fruta
y sin abrirse al canto.

Pensar en la corriente subterránea
llevando entre la sombra su agua muda,
con su frescor perdido y su dulzura inútil
mientras arden afuera la sequía y la sed.

Sin perder nada de su entonación sosegada ni de la limpidez fluida de su expresión, en los poemas de En silencio, la voz poética de Luisa del Valle Silva se ensancha en reflexión y proyección, se universaliza desde su intimidad, se hace cósmica desde su retiro cotidiano, frecuentemente estremecido por los misterios terrígenos y de la existencia.

Dos aspectos que podríamos destacar en este poemario son la temática de la voz —ya iniciada en sus libros anteriores— concebida como luz que horada las tinieblas, oponiéndose al caos y a lo cerrado (abrir grietas de luz en las montañas) y, también, la vigilancia de la propia voz del poeta ante el mundo, su intimidad ante los otros:

Puse mi voz en grito
para atajar el paso de la sombra.
Y el grito me iba estrangulando el canto,
quemando la sonrisa
y la sombra avanzaba.
Toda mi vida ardiendo
en la llama del grito
y la sombra avanzaba.
Ahora mi voz tiene
suavidad de silencios estancados;
mi sonrisa madura sus cansados dulzores
de comprensión, mi canto
es apenas espuma de mar sobre la arena.

Mi grito se deshizo entre innúmeros gritos,
y aún avanza la sombra.
Mi canto, mi sonrisa
en plenitud serena,
más que mi grito, acaso,
¿no son arma y escudo ante la sombra?

Entre las reflexiones que le dan contextura a En silencio y contribuyen en su estructura, predomina, sin duda, la interrogación recurrente acerca de la relación vida-muerte, tanto en los límites cotidianos y domésticos como en la infinitud elemental del universo.

Fernando Paz Castillo se refirió a lo trágico cotidiano en la poesía de Luisa del Valle Silva. Habría que añadir que esta cotidianidad está traspasada de universalidad y de amor al prójimo. Como en ese poema ejemplar «Estoy aquí»:

Estoy aquí
con mi pan y mi amor y mi dicha,
y el dolor de los otros,
el hambre de los otros,
no me dejan vivir.
Es como si los dientes de cuantos tienen hambre
mordieran en mi pan;
y lágrimas de todos los que sufren
cayeran en mi beso y en mi risa.
Por eso, muchas veces,
al pensar: ¡Soy feliz!
digo en mi corazón: «¡Perdón, hermanos!»

En la pequeña porción de tierra contenida en la maceta donde se alza el clavel del jardín familiar, la poetisa siente

...la tierra entera contenida (...)

Tierra del cielo y tierra de la tierra (...)

La oscura tejedora de raíces

mientras acuna mares en su pecho (...)

Su amor pasa mi piel, pasa mi sangre,

penetra más allá del pensamiento (...)

donde a tientas me busco y no me encuentro.

Esta tierra del poema «Puñado de tierra» es, por una parte, la tierra física, la de los cataclismos y las siembras, la del polvo desmenuzado al paso nuestro. Y, por otra parte, la que suscita interrogaciones tácitas en las entrelíneas del poema. Tierra mental y metafísica donde el poeta se pierde en sí mismo. En el caso de Luisa: en esa gran armonía no desprovista de sacudimientos, traducible sólo por el silencio mismo que le da cuerpo al poemario.

Si la tierra materna es la ubre perenne colmada de evidencias cercanas y, a la vez, de la lejanía inalcanzable preñada de enigmas para el poeta abismado en su contemplación amorosa y reflexiva, el viento aparece como símbolo invisible de la vida, en esa insoslayable relación de vida-muerte:

Parecías la vida. Entre las plumas
de mi tórtola muerta fue tu aliento
afirmación arcana de la vida
aun sobre la muerte.

Indescifrable confluencia de vida y muerte, encarnada en el viento que despierta tantas interrogantes en esta poesía. Honduras del misterio que transcurre de continuo y sin respuestas.

La poetisa intenta un diálogo imposible con el viento: el que hoy danza con el eucalipto, y el que ayer corría con sus fantasmas por los cañaverales de la infancia:

Aquí, en la grave soledad nocturna,
bajo la vibración de tu aletazo,
mis interrogaciones
como esas hojas de eucalipto, saltan.

(...)

¿En ti se esconde todo lo invisible,
el ayer, el mañana?

(...)

¿Tienes algún lenguaje trascendente
que llegue más allá de nuestro oído?
En mi niñez, sobre el plumaje muerto,
¿qué secreto dijiste?
Así, cargada de interrogaciones,
viento, me doy a ti como ese árbol.
Y tú, deshecha esfinge,
mueves los labios sin respuesta, y pasas.

Un recorrido atento a lo largo de su itinerario nos convence, pues, de que Luisa del Valle Silva no fue sólo la poetisa de la evocación soñadora con acusados acentos neorrománticos.

Fue también, y con mucha profundidad, poeta de la indagación del ser y de la trascendencia.

Su poemario póstumo, Sin tiempo y sin espacio, es editado gracias a la gestión de Pascual Venegas Filardo, al año siguiente de que Luisa se nos hubiese ausentado súbitamente, la madrugada del 26 de julio de 1962. Se ausentó dejándonos la fe cristalina —para decirlo con palabras del famoso dístico de Andrés Eloy Blanco— de sus poemas eternamente palpitantes, tiernamente enraizados en ese memorial de la poesía venezolana donde ella ocupa un lugar de reconocida excepción.

Gustaba ella recordarse como homenaje a otros —escribió Enriqueta Arvelo Larriva—. Pido que ella, tan tierna y enraizada, no sea maltratada (ay, como tantos de nuestros poetas) con un pronto y férreo olvido.

Entre los poetas y críticos de las nuevas generaciones, Guillermo Sucre fue uno de los primeros en atajarle el paso a ese olvido. No vacila en situarla entre los poetas mayores de la generación del 18. Y acerca de Sin tiempo y sin espacio, comenta:

Es un caso admirable de lozanía y sencillez expresivas. El ámbito de estos poemas es el de la infancia: el tiempo en él se suspende para propiciar el reencuentro del poeta con su pasado primordial. «Nos quedamos a solas con la infancia»: en este verso inicial se condensa todo el sentido del libro. A través del tiempo, sólo ha quedado incólume el mundo de la infancia: es el mundo de la soledad, pero también el de la trascendencia:

Nos quedamos a solas con la infancia.
Sobre la almohada del más largo sueño
se van durmiendo las cabezas blancas.
Huye entre mudos labios la respuesta
donde bebieran agua alucinante
las interrogaciones del recuerdo.
¿Dónde acudir cuando se olvide un árbol,
cuando se pierda un nombre o un sendero?
¿Cómo asir las canciones olvidadas?
A solas nos quedamos frente al tiempo
de la niñez, frente a la azul comarca
desprendida, borrada de la tierra,
cuyos contornos mágicos renacen
con perpetuo frescor en ese adentro
de nosotros, sin tiempo y sin espacio,
donde todo aparece resurgiendo
de un mar que nos devuelve sus naufragios.

ALFREDO SILVA ESTRADA

VENTANAS DE ENSUEÑO

(1917 - 1925)

Estrofas sencillas

Vivir serenamente y sobre cada instante
dejar el alma resbalar,
como resbala el agua del arroyo ondulante
sin saber dónde llegará.

No vivir siempre inquietos suspendidos del hilo
de una interrogación,
sintiendo que palpita, agitado, intranquilo,
como ave perseguida el corazón.

Con el bello abandono de la infantil confianza
reclinar en el seno de la vida la sien,
sonreír a sus gestos risueños de esperanza,
y a sus gestos esquivos... la sonrisa también.

Sentir la emoción clara del dorado momento...
Soñar... soñar... soñar...
Vivir en un sublime y azul deslumbramiento
y ver pasar la vida... ¡y dejarla pasar!

Yo siento que mis plantas van por la vida
como por entre flores y sobre luz,
tienen algo de aquella fe bendecida
con que sobre las ondas pasó Jesús.

Con su paso sereno, suave, confiado,
oprimen como en blanda caricia al suelo.
Saben que bajo el pobre polvo humillado
abajo, muy abajo, también hay cielo.

¿Cómo he de sentir odio? ¿Cómo daño he de hacer?
Yo voy de paso... Apenas tengo tiempo de amar.
Este amor hacia todo que aletea en mi ser
es tan sólo el saludo de un viajero al pasar.

Yo sé que están abiertas siempre las alas. Hoy
saludan amorosas para luego partir.
Si sé que a la llegada ya de partida estoy...
¿cómo no amar y sonreír?

Cuánto he soñado

¡Cuánto, cuánto he soñado
una emoción sedienta que vacíe
la copa llena de mi corazón!

Que caiga sobre mí, sobre mi vida
como caen las hoces
sobre el trigo en sazón.

Y mi vida, serena,
en su limpia quietud de gota de agua,
sólo acusa el temblor
suave, impreciso, de las cosas mansas,
el que estremece el pecho de los niños
y la entraña rosada del botón.

Si yo quisiera

Si yo quisiera, ¡cómo saltaría el torrente!
Es mi mano la piedra que corta la corriente
y mi voluntad fija la fuerza de mi mano.

¡Ah! Si yo lo quisiera, ¡cómo desbordaría
y arrollándolo todo llegaría
hasta el fondo sin fondo del océano!

Pero no... ante el empuje está mi mano fuerte,
fuerte como la vida, fuerte como la muerte,
y lo que ser pudiera
desbordado torrente, es sólo manso hilo
de agua que va tranquilo
lamiendo las humildes flores de la ribera.

Abuelo mar

Abuelo mar, me hiciste una promesa...
¡Y la olvidaste luego, abuelo mar!
Ahora cuando tu espuma mis pies desnudos besa
pienso que tu promesa vendrás a renovar.

Pero, ¿cómo creerte, viejo mar embuster? Si te he mirado hundir en tu azul muchas lunas desde aquella de enero y ninguna te ha visto tu promesa cumplir.

¿Te acuerdas de esa noche?... Sobre ti me traías, inquietudes extrañas sacudían mi ser... Como una cuna el barco blandamente mecía queriendo mi inquietud adormecer.

Pero en vano mis ojos se entornaban al sueño, me desvelaba el miedo de una rara emoción. Había en las visiones de mi ensueño un duendecillo loco saltando: el corazón.

Ya tú habías sentido mi llanto hasta tus ondas resbalar... Quizás tu seno amargo sintióse conmovido de esa dulce amargura que le iba de otro mar.

Por eso al arrullarme se hizo tu voz un canto e inventaste una historia para hacerme dormir, y en la historia la dulce promesa cuyo encanto aún dormida me hacía sonreír.

Ahora, ¡cuántas tardes a encontrarte he venido! me ves corriendo por saltar a echarme entre tus brazos y decirte al oído: ¡Recuerda tu promesa, abuelo mar!

En tus barbas de espuma hundo el rostro y las manos y me dejo cubrir por tu manto que envuelve peligrosos arcanos, y oyendo que enojado ruge, rompo a reír.

Luego sobre tu espalda temblorosa me sostengo dejándome llevar... Voy hacia el sol poniente, deslumbrada, gozosa... ¡qué bien me llevas, mar!

Me vuelvo... las pupilas de luz y color llenas, a descansar después en la suave frescura de tu cojín de arenas... y quedamente vienes a besarme los pies.

Y no me dices nada de la dulce promesa que no puedo olvidar... ¿No ves que recordándola me enferma la tristeza? ¿No ves que me hizo daño tu historia, abuelo mar?

HUMO (1926 - 1929)

Humo

Sueño mío,
sueño mío que eres humo nada más,
humo que ciega mis ojos, y la vida
como la miran los otros
no me la dejes mirar.

Humo de fuego escondido
amenazando estallar
a cada momento, y nunca
revienta... humo nada más.

Quisiera mirarte en llamas y sentirte
devorar
toda mi juventud, toda
mi vida...

Pero no te he de mirar.

Sueño mío, sueño mío...
¡cómo me aflige pensar
que hoy eres humo... y mañana,
sin haber llegado a fuego
sólo cenizas serás!

Andar

Andar, andar, sin objeto, sin rumbo,
que se enrosque el cansancio como sierpe a mi cuerpo.
Andar, andar, hasta quedar rendida
y dormir en la noche con un sueño sin sueños.

Cruzar calles apretadas de gente
donde aturden mil ruidos y estorban las miradas,
o calles silenciosas y vacías
donde, como un escándalo, resuenan las pisadas.

Caminar, engañando a cada paso
al anhelo que pide ir donde el alma quiere.
Cargar con este anhelo a todas partes
sin lograr nunca que su rumbo encuentre.

Andar... Mientras en loco remolino
el pensamiento se abre caminos ignorados:
galerías fantásticas, túneles de misterio
abiertos al ensueño lejano.

Andar... hasta que fatigue sus aspas
la inquietud que golpea sobre mi alma y mi cuerpo.
Andar... Andar... hasta quedar rendida
y dormir en la noche con un sueño sin sueños.

Amargura

Yo no quiero llorar... Y la amargura
contenida del llanto me va hinchando
el corazón como fruta madura.

Yo no quiero llorar... y estoy llorando
hacia dentro lo mismo que una herida
en cuyos labios rígidos no brota
la sangre, y escondida
vaciando va la vida gota a gota.
No he de llorar... y estoy amarga y dura
y fría como un trozo
de sal que en su blancura
reconcentra el sollozo
hecho piedra del mar...

Hoy no sabría
llorar... Y sin embargo
el llanto, solamente, logaría
vaciar mi corazón que siento amargo.

Vengo de muy lejos...
de no sé qué país...

Vengo de regreso de un sueño...
¿Podré acaso volver a vivir?

Regreso de un sueño...
dejadme en silencio llegar...
¡Qué dura es la piedra negra de la orilla!
¡Qué blando, qué azul es el mar!

Regreso de un sueño... ¿Qué traigo?
Traigo... ¡qué sé yo!
Unas veces pienso que traigo un tesoro
y otras que el tesoro jamás existió.

Regreso... No conozco a nadie...
Nadie me conoce... ¿Cuánto ha que partí?
Hay que caminar por la tierra de nuevo...
¡volver a vivir!

Blanca... soy de una playa
distante de mis ojos hoy.
Una playa salvaje
donde el mar se hace trizas cantando bajo el sol.
Ese fue el canto que nutrió mi vida...

Tengo hambre de esa voz...
Mis oídos la imploran a todos los sonidos
y el recuerdo la sorbe
en la espiral del caracol.

Fue una tarde... Tú decías
aquel canto de Gabriela Mistral:
«Mi corazón va en la proa,
lávalo mar, lávalo mar...»

Cerré los ojos...
había un caracol en tu garganta
y el mar en él se oía sollozar...
Agua azul del recuerdo... Tardes más
de sol, de viento y sal...
Blandura de la arena
bajo mis pies... Cantar
de pescadores... ¡Toda
la voz lejana de mis playas, Blanca!

¡Me eché a nadar
en la voz tuya, y me sentí esa tarde
como cuando salía del mar!

AMOR
(1929 - 1940)

ROMA

Nuestro amor

Nuestro amor nació fresco
como una flor, como una fruta sana.
Despertó alegre y libre
como un pájaro al alba.
Se embriagó con el vino rosa de los crepúsculos,
se adormeció en el lienzo
de los paisajes.
Alborotó la polvareda de oro
de todos los caminos de la tarde.
Pasó saltando sobre las piedras del arroyo,
corrió por los maizales
y junto al hilo de agua de la acequia
descansó bajo el manto quieto de los pinares.
Le dio el mangal la pulpa de sus frutas
y la alfombra de sus hojas secas.
Bajo la lluvia, riendo y tiritando,
buscó el abrigo tibio de la gruta de piedras.
Con un silencio religioso
oyó entre los bambúes el arrullo,
la oración de la tarde de los pájaros.
Bebió paz en el mudo
vaso de la laguna. Fue sembrando
por los húmedos surcos
el semillero perfumado
de sus horas de júbilo.

Después... oliente a espigas,
saturado de brisa de montañas,
con su cosecha cándida
de puras alegrías,
por las calles tranquilas
a la ciudad en sombras regresaba.

Así el poema de sus tardes
en un candor casi infantil bañadas,
así iba nuestro amor buscando al campo
la esencia eterna de su savia.

Confianza

Sobre tus manos fuertes doblegué mi cabeza,
esta cabeza frágil enferma de soñar.
Por entre mis cabellos se agitaban tus dedos
cuál queriendo mis sueños apresar.

Y allá dentro mis sueños no se asustaron. Una
calma de mariposas dormidas los besó.
Sintiendo la caricia de tus dedos pensaron
en el calor del sol.

¡Qué confianza tan dulce, de mis sueños dormidos,
se difundió en mi ser!
¡Cómo presienten ellos que entre tus manos
por siempre habrán de florecer!

Siete días

¿Y qué he de hacer, amado,
con estos siete días
en que no voy a verte?
¿Con estos siete soles
que se van a apagar sobre mi frente?
¿Con estas siete mañanas vacías
en que no irás a mi lado?
¿Con estas siete noches en mi ventana sola,
esperando?
Este montón de horas
que han de exprimir mis sueños...
—Molino silencioso de mi paciencia, muele
todo este trigo para el pan del recuerdo—
Siete días, dijiste, no son más, siete días...
¡Y yo los vi tan largos!
¡Siete caminos extendidos
frente a mis pies cansados!
Sentí que el corazón
se me encogió en el pecho,
con un deseo de quedarse dormido
y despertar a tu regreso...
Amado, ¿me perdonas?
Yo sé que te hace daño mi tristeza...
Pero... ¡al verte de nuevo, saltará mi alegría
cual chorro de agua fresca!

Espera

Ahora sí sé bien lo que es la espera,
¡cómo la estoy viviendo!
Cansancio de la hora interminable,
angustia de la hora que no llega.
Dolor de voz ahogada
con bocado de sombra,
en garganta de pájaro que espera
la salida del sol.

Boca con sed, abierta
bajo la gota de agua
que no cae.
Hambre de emoción nueva
recién caída sobre el corazón.
Hambre... y para engañarla
morder la fruta seca del recuerdo.

LUZ
(1930 - 1940)

Han caído muchas vendas de mis ojos,
azules, rosadas,
vendas de muchos colores
que la vida me desdibujaban.

Buscando belleza
vagaban mis ojos
por entre una niebla de ilusiones,
y un vapor de sueños lo empañaba todo.

Ahora mis ojos desvendados,
abiertos, sólo quieren mirar
de frente la luz, aunque hiera...
Ahora sólo buscan Verdad.

Hojarasca

Hojarasca de palabras amarillas, inútiles;
hojarasca de ideas secas. Hojarasca
que en todos los caminos
quiebras tu gritería de escándalo
bajo nuestras pisadas.

¿Cuándo soplará el vendaval recio
que te cargue y te deshaga lejos;
y nos deje desnuda, viva
la tierra de los caminos;
anchos y nuevos todos los caminos
para el amor, para la Vida?

En el parque

Ese gran árbol viejo
está ahí deshojando sermones pesimistas
sobre los otros árboles.

Con su voz de hojas secas
dice de vanidad de vanidades.
Y el césped infantil, loco de brisa,
se entretiene jugando
con el montón de hojas
que no le dice nada.
Y un limonero verde,
casi negro de verde,
suelta una carcajada de azahares.

El muchacho hambriento

El muchacho hambriento, sentado en el hueco de una puerta oscura, comía con una premura voraz. Sus manos pequeñas, crispadas y sucias hundían en la boca ávida las sobras mezcladas de mesas en donde tres veces al día se han sentado niños contentos y sanos. El muchacho hambriento comía... y por sobre todo yo sólo miraba sus ojos enormes, terribles, como una amenaza. Unos ojos redondos, siniestros, como los cañones de un arma apuntando a la sien del futuro.

Regresábamos riendo y charlando del salón, en donde había flores y luces y música y versos. Algo de todo eso venía con nosotros, y de pronto, al verlo, sentado en el hueco de la puerta oscura, el muchacho hambriento se lo comió todo: la palabra, la risa, las flores, los versos,

las ventanas llenas de caras reídas, la calle, los autos, la ciudad entera...

¡Y sólo quedaron sus ojos enormes como martillazos entre las tinieblas!

Naufragio

Yo lo miraba siempre
en su trabajo.
Era un obrero viejo
de rostro energético, afilado;
perfil definitivo;
negros los ojos; los cabellos blancos;
unas manos nudosas
trabajando madera
y una boca apretada
como mordiendo vida amarga.
Tenía un tallercito humilde
donde sus manos se aníñaban
haciendo muebles infantiles.
Ya me era familiar
el crujido de su sierra.
Al pasar yo buscaba su figura
doblada en la faena.
Y me dolía su cansancio
y aquel sudor en sus cabellos blancos...
No lo vi más.
Una puerta cerrada
con un papel: «Se alquila»
Y un día, de repente,
en una esquina,
él, él que tiende la mano,

la mano donde todavía
quedan los callos del trabajo,
¡pidiendo una limosna!
Tropecé con sus ojos...
Ah ¡en sus ojos nadaba
todo el horror de su naufragio!
¿Una limosna? ¿Y para qué?
¿Cómo enrumbar de nuevo
toda esa vida naufraga?
... El tallercito... el ruido de la sierra...
los muebles pequeñitos...
¡Crucé la calle y me alejé de prisa
porque un dolor rebelde se me quebraba en llanto!

Pulgarcito

Viene desde el campo
con el burro cargado de leña.
Ropas de hombrecito
y un sombrero enorme
entoldándole el cuerpo pequeño.
Es un enanito leñero
perdido en la calle.
Gritan clamorosas las cornetas.
Se le vienen encima los carros;
un camión se lanza rugiendo...
Y él mínimo en medio, gritando:
«¡Arre, burro, arre!»
con voz quebradiza de infancia.
Seis años apenas.
La edad en que a otros
se lleva a la escuela
de la mano... Y él marcha resuelto,
conduciendo el burro,
vendiendo la leña,
por toda la calle poblada de monstruos.
Pulgarcito de tiempos modernos.

Aquellos que dicen
que es cobarde, obtuso, débil nuestro pueblo,
¡que vengan a verlo!

¡Solo contra todo!
Un grano de arena
crecido en montaña
de frente a la vida.
Todo una cosecha de futuro en germen.
¡Niño de mi tierra
y Hombre de toda la tierra!
Es la Humanidad en un puño...
¡que vengan a verlo!

El corazón de la ciudad

Allá viene la anciana.
Muchas veces la he visto
por esta misma calle, como ahora.
El vestido en harapos,
garfios de hambre en los ojos
y esa misma expresión miedosa.

La calle es un hervor de movimiento,
ofertas, ventas, gritos.
Y, junto a los vehículos cargados,
unos hombres oscuros, silenciosos,
de músculos soberbios y de mirar humilde,
bajan las cargas doblegados.

Allá viene la anciana,
tiene un vaivén de pájaro.
Se levanta; se inclina;
mira hacia todos lados,
se esconde; corre, vuelve,
la tropiezan... vacila.

¿En qué absurda tarea está empeñada?
¿Qué hará?... Sobre la acera,
de las cargas que llevan los hombres,

van cayendo unos granos,
y ella, ladrona, los recoge
y los esconde cual si fueran de oro...

Se siente una vergüenza dolorosa...
Dolor de estar viviendo frente a eso
y vergüenza de ver cómo lo miran todos.
Nadie ha sentido nada,
todos siguen metidos en sí mismos...
Y la calle palpita, inalterable,
con su ritmo vulgar.

Mientras en una esquina,
una voz sin relieve
asegura a un viajero que se informa:
«Sí, éste es el corazón de la ciudad».

EN SILENCIO
(1944 - 1961)

En silencio

ambilviri en mi vida cosa, y en el fondo las hojas
haciendo eco que el silencio
que en mi subienda a tristes y aburridos

I de la vida, de la muerte, de la muerte de la vida que

me ha llevado a la muerte de la muerte, al no vivir

que en la muerte de la muerte el muerte de la muerte

Estoy en mi silencio contenida
cual vegetal en la semilla. Dentro,
raíces, flores, plenitud de frutas
empujan sus latidos en silencio.

Semilla humilde presa en parda cárcel,
mi vivir cae al cotidiano suelo
con la angustia escondida de su carga
y la oculta inquietud de su silencio.

En torno, vida, tempestades, iris,
beso de sol o manotear de viento.

¿Principio o fin? Y hacia la tierra apunta
la raíz replegada en el silencio.

La selva grita su llamar perenne,
trinos, rugidos, despertar o sueño.

Voces sombrías, luminosas voces,
y mi voz hecha ovillo de silencio.

Estar así en silencio, con mil voces hundidas,
ahogadas en la propia plenitud,
como picos de pájaros colmados en la fruta
y sin abrirse al canto.

Pensar en la corriente subterránea
llevando entre la sombra su agua muda,
con su frescor perdido y su dulzura inútil
mientras arden afuera la sequía y la sed.

Tener entre los labios la palabra
sencilla, clara, buena,
y no entreabrir los labios
por vergüenza de dar tan poca cosa.
Saberla inútil como brizna seca;
estéril como piedra de la orilla.
Y encontrar de repente,
cómo alguien esperaba esa palabra,
cómo en la piedra canta música nueva el agua,
cómo la brizna entibia el nido.

Puse mi voz en grito

Puse mi voz en grito
para atajar el paso de la sombra.
Y el grito me iba estrangulando el canto,
quemando la sonrisa
y la sombra avanzaba.
Toda mi vida ardiendo
en la llama del grito,
y la sombra avanzaba.
Ahora mi voz tiene
suavidad de silencios estancados;
mi sonrisa madura sus cansados dulzores
de comprensión, mi canto
es apenas espuma de mar sobre la arena.
Mi grito se deshizo entre innúmeros gritos,
y aún avanza la sombra.
Mi canto, mi sonrisa
en plenitud serena,
más que mi grito, acaso,
¿no son arma y escudo ante la sombra?

La hora

Esta hora mordida por todas las angustias,
taladrando la raíz de la tierra,
y dejando, al profundo trepidar de su ritmo,
deshojada la augusta rosa de la Belleza.
Esta hora que a filos de grito rasga el canto,
hundiendo hasta en la pulpa del beso sus espinas,
desbaratando risa y sueños.
Esta hora, ¿no pasará algún día?
¿Miraremos de nuevo el mar y el cielo
de horizonte y espacio como azules llamadas,
sin evocar el perfil de la muerte
y pensar que las olas deslén sangre hermana?
¿Con simple anhelo de color y aromas
la semilla en el tiesto del jardín sembraremos,
sin que nos obsesione siembra humana
en monstruosos jardines bajo riego de acero?
¿Y podremos acariciar a un niño
sin que se crispe helada nuestra mano
al aletazo que en el pensamiento
nos echa cuerpecitos de niños destrozados?
¿Dejaremos de sentir la agonía
como de grito urgente reclamándonos lejos,
garfio que, al arrancarnos del instante, nos clava
suspensos entre limbos de silencio?

Y en la mesa familiar, en la charla
risueña y compañera, en el minuto claro
que aniña corazones, ¿no caerá de repente
la chispa del incendio lejano?

¿Esa helada zozobra olvidaremos,
esa desesperante campanada que cae
en la abstracción del libro abierto
o sobre los colores del paisaje?
¿Y pasará esta hora? ¿Volveremos
a oír, a respirar la voz serena
con que nos dicen: PAZ, en lengua innumerable,
las maternas entrañas de la tierra?

Con las manos cruzadas

Allá lejos los brazos se agitan.
Vida o muerte en sus gestos encarnan.
Alzan armas, banderas o flores;
pan o piedra; laurel o piltrafa.
Sangre o luz por sus dedos destilan;
lodo o polvo de estrellas alcanzan.
Allá lejos se agitan los brazos...
y yo estoy con las manos cruzadas.

Allá lejos caminan los niños
con la vida tronchada a su espalda.
Ya olvidado el abrigo del nido
y aún implume el muñón de las alas;
hecha trizas la risa del mundo,
en capullo aventado el mañana.
Allá lejos se pierden los niños
y yo estoy con las manos cruzadas.
Allá lejos se apaga una antorcha
al rendirse la mano cansada
de llevarla entre el viento y la noche.
Ya es la sombra una espesa amenaza.
No aparece una mano que se alce
y reanime y sostenga la llama.
Allá lejos se apaga la antorcha...
y yo estoy con las manos cruzadas.

Allá lejos se agrieta la tierra
suspirando por un hilo de agua.
Bajaría cantando la acequia
si una mano la piedra apartara.
Mientras tanto se arrugan las frutas;
mientras tanto se tuestan las palmas.
Allá arriba murmura la acequia,
y yo estoy con las manos cruzadas.

Allá lejos la página trunca;
allá lejos la puerta cerrada;
la cosecha caída en el suelo
y agobiando al rosal la hojarasca.
Allá lejos clamando el camino
con un coro de voces hermanas;
allá lejos la vida llamando...
y yo aquí con las manos cruzadas.

Yo recogí mi voz

Yo recogí mi voz de sobre el polvo.
Era un clarín caído y olvidado.
La alcé del polvo y la guardé en mi pecho
mientras se iban sus ecos apagando.
Ecos de aquellas voces que creyeran
grietas de luz abrir en las montañas,
apenas hoy evocador murmullo
de caracoles a la mar lejana.
Guardé mi voz sacudida de gritos
y desnuda de inútiles clamores.
En torno nadie la buscaba. El aire
estaba ahogado en multitud de voces.
Ahora ya en su cuna de silencio,
yace mi voz dormida y olvidada,
soñando a veces que sus ecos puedan
abrir grietas de luz en las montañas.

Agua del mar

Agua del mar, agua del mar que juegas
con polvo de milenios desleídos
mientras resguardas células futuras.
Agua del mar que sorbes tempestades
y saboreas iris y crepúsculos
o disuelves azúcares de luna.
Agua del mar que lloras y que ríes
y murmuras y sueñas y retozas
y cantas tu canción interminable.
Agua del mar, azul en lejanía,
gris bajo el toldo de los nubarrones,
incolora en el hueco de mi mano.
Agua del mar, cambiante e inmutable,
blancor de espumas sobre los cabellos,
infancia de rosados caracoles.
Agua del mar, corremos a tus brazos
como las ondas vienen desde el río
agobiadas con paisajes de tierra.
Álzanos en tu abrazo, y con tu espuma
haz espuma también sobre los hombros
la carga siempre igual de cada día.
Da tu beso de sal a nuestros labios
y llévate el sabor de otras palabras
que no sean de amor y de alegría.

Con tu suave rozar sobre la arena
arranca las raíces invisibles
que nos atan los pies a otros caminos,
caminos polvorrientos de inquietudes,
fatigados por todas las pisadas,
cubiertos con dolor de barro humano.

Agua del mar, agua del mar, acuna
este amor que te cae sobre el regazo
y sosténnos en ti, de cara al cielo,
desprendidos de todo, desanclados,
ebrios de viento y sol, de risa y besos,
locos, perdidos en tu azul locura.

Con la línea que abarca el horizonte
y la curva dorada de la playa
sé tú como paréntesis de olvido,
olvido de ese mundo que nos llama
de la orilla y detrás del horizonte
con levantadas voces de tragedia.

Agua del mar, que de ese mundo guardas,
con serenas portadas de paisajes,
la historia traducida en cataclismos,
desde tu acogedora omnisapiencia,
agua del mar, estas horas felices
en tu claro paréntesis esconde.

Mi hamaca

Mi hamaca está colgada entre dos palmas.
Mi cuerpo está caído en ella.
Es una hamaca de colores vivos
hecha con hilos de algodón sembrado,
cosechado, tejido por las manos
fuertes y humildes
de mujeres y hombres de mi pueblo.
Y ahora me parece que esas manos,
humildes, fuertes, buenas,
están aquí mullendo mi reposo
y meciendo mi hamaca
colgada entre las palmas.
Allí cerca está el mar.
Al vaivén de la hamaca
sube y baja también el horizonte.
Oigo cantar las olas en la playa.
El viento juega con los cocoteros.
Buscan cielo mis ojos
y lo encuentran a través del encaje
de las palmeras.
Se filtra el sol, su fuego
signa mi piel con móviles tatuajes.
De mi cuerpo mojado
beben agua de mar el sol y el viento.

Las olas me dejaron este dulce cansancio
que me acuna en la hamaca.

El mar, el sol, el cielo,
caen sobre mí. Se me cierran los ojos.
Al abrirlos encuentro tu mirada,
el sol, el mar, el cielo,
Y te digo con voz semidormida:
«Estoy viviendo en el cenit de un sueño».

Estoy aquí

Estoy aquí con mi pan y mi amor y mi dicha,
y el dolor de los otros,
el hambre de los otros,
no me dejan vivir.
Es como si los dientes de cuantos tienen hambre
mordieran en mi pan;
y lágrimas de todos los que sufren
cayeran en mi beso y en mi risa.
Por eso, muchas veces,
al pensar: ¡Soy feliz!
digo en mi corazón: «¡Perdón, hermanos!».

Raíces

Hacia abajo es el viaje sin luz de las raíces.
Mientras ramas y hojas
flores y frutas viajan hacia arriba.
Raíces de los árboles,
a veces olvidamos
que sosteniendo al bosque gigantesco
vive otro bosque sepultado.
Raíces del rosal, pardas, humildes,
¿qué sabrán ellas de color y aroma,
para encontrar la perfección intacta
con que vestir y perfumar la rosa?
Raíces sumergidas
donde beben azul lirios del agua,
¿al fondo van para buscar la tierra
o el azul que en el agua se retrata?
¿Qué ansia de libertad pone en camino
raíz cautiva de la enredadera,
el canto de las flores
que se van con las ramas andariegas?
Raíces de los árboles cortados,
con su dolor de sepultadas vivas,
a veces soñarán rumor de frondas,
dulzor de frutas, pájaros que trinan.
Y aquellas de los árboles urbanos,
prisioneras, sumisas,

a través de una grieta de cemento
estalla su canción de rebeldía.

Raíces... ¡Cómo en horas de silencio
me voy siguiendo el viaje sin luz de las raíces!
Hacia abajo, sin sol y sin estrellas,
presintiendo que hay frutas y pájaros arriba.

Caminos

Caminos y caminos y caminos...
y mis plantas inmóviles, sintiendo
la quemadura de sus propias huellas,
garfios que la sujetan en el polvo.
Caminos y caminos... Desde el alba
tendidos ante mí. Y ese perenne
viajar de las pupilas y los sueños
sobre la angustia de los pies inmóviles.
Y avanza el día, avanza... Y los caminos
siempre alargando su tenaz llamada.
Y el viajar incesante y los regresos
y la agonía de la huella inmóvil.
¿Quizás será en la tarde, o ya en la noche,
a escasa luz y ya contados pasos,
cuando mis pies sobre cualquier camino
echen a andar definitivamente...?

Aquí a tu lado

No levantes los ojos a buscarme.
Mi palabra no viene de lo alto,
a nivel de tu pecho late el mío,
hombre, mujer, estoy aquí a tu lado.

No hay trompeta de arcángel, no hay aliento
sobrehumano en mi voz. Tu misma sangre
corriendo en sangre y risa y grito,
tu mismo río en otro cauce.

Y doy mi canto, hermana,
como tú das el hijo;
como tú das, hermano, tu fuerza y tu simiente.
No es más noble mi canto que tu esfuerzo
y lo es menos que el vagido del niño.

Por eso no me busques en lejanas alturas
cuando escuches mi canto.
En tu mismo camino, compañeros de viaje,
hombre, mujer, aquí a tu lado.

Tan alto te buscaba

Tan alto te buscaba, Poesía,
más allá de la nube y de la estrella,
más allá de los límites humanos.
Buscándote en alturas irreales
no copiaban mis ojos la sonrisa
de tu mínima flor, junto a mi planta.
Mientras alzaba en éxtasis la frente,
para soñarte, estabas en el polvo
bajo la huella de mis pies oculta.
Iniciado el encuentro interminable,
a cada paso tú, tu luz, tu signo,
el eco familiar de tu llamada.
De tu llamada múltiple, con todos
los nombres de la tierra y de la vida,
voz soberbias, pequeñitas voces.
Y el júbilo perenne de encontrarte.
La búsqueda de nombres infinitos
para tu identidad innumerables.
Reconocerte entre las cosas simples
tras evocarte en las sublimes cosas.
Palpar la realidad de tu belleza
y descifrar lo mismo tu mensaje
en los dedos purísimos del lirio
o al ritmo de la mano que trabaja.

Respirarte en el aire cotidiano
y suspender el tiempo en el minuto
de este callado dialogar contigo.

El árbol de la muerte florecida

Aquel árbol sin hojas, con su carga de orquídeas blancas en las ramas secas, estaba muerto, carcomido el tronco, cayéndose a pedazos la corteza. Muerto y de pie sobre su sombra extinta con su brazada de blancura a cuestas. Al golpe de la brisa vacilaba su baldía raíz bajo la tierra. Nada vivía en él sino esas flores. Nada lo alimentaba. Y sólo ellas revelar parecían el prodigo que en pie lo alzaba para sostenerlas. Y quizás ni vestido de follaje, ni en floración, ni en la frutal cosecha, hasta su muerte florecida, nunca lograr pudiera una expresión más bella.

Arbol de los caminos de la infancia —símbolo perdurable de belleza— te has quedado en mi vida con tu carga de orquídeas blancas en las ramas secas.

Hacia el recuerdo

Y viajó hacia el recuerdo. Es una playa salpicada de espumas y de sal. Un pueblo con su abrazo de colinas, abierto al ofrecer su pecho al mar. Ciudad de sol, con la risa en la calle y las puertas abiertas. Al pasar voces francas y aromas de los patios salen en bienvenida familiar. Y mi vida entre el ritmo azul marino y el verde canto del cañaveral. A un lado lejanía inalcanzable, rincón al otro de risueña paz. Dulzor de miel de caña entre los labios o beso inquietador de espuma y sal. Arrullos de la tórtola en el nido, clamores de los barcos que se van. Busca de caracoles en la playa, de jazmines en el cañaveral. Levedad de la espuma al deshacerse, al erguirse la espiga, levedad. Luna en el mar. Semillero de sueños. Soñar hasta enfermarse de soñar. Bajo el sol de los campos, alegría de vivir por vivir, de respirar.

Mar y cañaveral fueron tejiendo
mi vida en armoniosa dualidad:
azul de soñadora poesía,
verdor de tierra viva: realidad.

Sólo esta lluvia

Bajo la lluvia canta mi regreso.
Es la lluvia risueña de la infancia,
la que echaba hacia abajo mis cabellos
con la frescura de sus manos claras.
La lluvia juguetona que fluía
por entre los racimos de la parra,
saltaba sobre el lomo de los bueyes
y hacía caer del árbol las guayabas.
Desbordaba la copa de los lirios,
colmaba la cisterna, desataba
por los cañaverales temblorosos
la reidora locura de su danza.
Y ahora va tendiendo en el camino
alfombra de cristal para mis plantas,
mientras voy hacia el valle del recuerdo
donde el recuerdo nada más me aguarda.
Maduraron las frentes y las voces.
No estará ni la sombra de la casa.
Sólo esta lluvia con su misma risa
devuelve todo el aire de la infancia.
Sólo sus dedos fugitivos quitan
vestidura de años y descalzan
caminos a los pies para dejarles
ceñir de ayer las ágiles sandalias.

Solamente su abrazo me sostiene
guiándome a través de la mañana
mientras voy hacia el valle del recuerdo
donde el recuerdo nada más me aguarda.

Puñado de tierra

En este breve y húmedo puñado,
donde se alza el clavel de mi maceta,
está la tierra entera contenida.
La siento como late entre mis dedos.
Aquí, en esta porción mínima, todo
resumido está en átomos su cuerpo.
Total y multiforme entre mi mano.
Tierra del cielo y tierra de la tierra,
astro para los ojos de otros mundos,
polvo desmenuzado al paso nuestro.
La siento aquí con ríos y montañas,
nevada sien y corazón de fuego
en la palpitación de sus volcanes.
Aquí está con sus bosques y desiertos
la tierra de las bestias y los hombres,
la de los cataclismos y las siembras.
La oscura tejedora de raíces
mientras acuna mares en el pecho.
La que deja saltar los manantiales
y oculta dentro la dorada veta.
Y hace entreabrir por donde quiera flores,
haya o no la mirada para verlas.
Prodiga el fruto y salva la semilla
para el fértil abrazo del regreso.

La tierra maternal, ubre perenne,
la de la dulce, generosa entrega,
y la de la lejanía inalcanzable,
inexplorada en cumbre, abismo, selva.
Toda está aquí, presente a mi contacto,
reconocida en lúcido momento.

Aquí toda substancia, minerales,
jugos de savia vegetal, la esencia
de ese ritmo sutil pero gigante
con que forma y transforma nuestro cuerpo.

Su amor pasa mi piel, identifica
mi sangre en la unidad de la materia.

Su amor pasa mi piel, pasa mi sangre,
penetra más allá del pensamiento,
a la extraña región desconocida
donde a tientas me busco y no me encuentro.

Y en instante fugaz, siglo, minuto,
me transmite una voz, más bien un eco,
de la gran armonía traducible
apenas en sonrisa y en silencio.

Y una chispa infinita de ternura,
gota de llanto y luz fluye en mis dedos,
mientras en la maceta florecida
oprimen un puñado de la tierra.

Viento

Contigo danza el eucalipto
ante un cuadro de cielo en mi ventana.

Y afuera, en el nocturno silencioso,
todo está con tu ritmo desvelado.

En desvelo también quedan mis ojos
cuando llegas y agitas mis cabellos
y tus dedos ahondan
hasta despertar dentro el pensamiento.

Ya pienso en ti. Te reconozco. En noches
como ahora poblaba todo el campo.

Tus fantasmas corrían por los cañaverales

[de mi infancia.

Y yo te amaba. Con temor a veces.

El temor de sentirte y no mirarte.

Parecías la vida

y eras nada a mis ojos y en mis manos.

Parecías la vida. Entre las plumas
de mi tórtola muerta fue tu aliento
afirmación arcana de la vida

aun sobre la muerte.

Quiero indagar la afirmación de entonces,
¿luz de intuición o sueño?

Hoy sobre el árbol de una tumba amada
tu mensaje fue leve signo apenas.

Aquí, en la grave soledad nocturna,
bajo la vibración de tu aletazo,
mis interrogaciones
como esas hojas de eucalipto, saltan.
¡Oh, viento, viento! Guardas más secretos
que las razas disueltas en tus manos.
Antes de ellas surgir, ¿no te movías
flotando sobre el caos?
Si leerse pudiera
el archivo incoloro de tu historia,
¡cuánta sed calmaría
la plena transparencia de tu copa!
¿Eres la vida? ¿Eres la vida acaso?
¿La inicial de la vida?
¿Más que la vida misma, eres su esencia?
¿Lo que se salva al fin, lo que persiste?
¿En ti se esconde todo lo invisible,
el ayer, el mañana?
¿Eres suma total, suma perenne,
de lo sido, de lo inmanifestado?
¿Tienes algún lenguaje trascendente
que llega más allá de nuestro oído?
En mi niñez, sobre el plumaje muerto,
¿qué secreto dijiste?
Así, cargada de interrogaciones,
viento, me doy a ti como ese árbol.
Y tú, deshecha esfinge,
mueves los labios sin respuesta, y pasas.

Simiente

Aquí está, dura y tibia,
la semilla de un árbol en mi mano.
Pasó la fruta en sorbo de dulzura
fin y principio a un eslabón juntando.
Mi mano guarda el eslabón ahora
y la tierra lo espera
en la cadena interminable, donde
el nacer y el morir la vida integran.
Dormido entre los dedos tengo un árbol.
Cierro los ojos. Siento sus raíces
brotar, creciendo poderosas, ávidas,
y por el suelo hundirse.
Y alzarse ramas y entreabrirse flores.
Vuelo de mariposas y de abejas.
Mueve el polen sus orbes diminutos
y la fruta regresa.
Copioso regresar multiplicado
en espiral de innumerables vidas.
Belleza, madurez, ficticia muerte,
¡y semillas, semillas!
Germinan, erigiendo sus columnas;
sol y viento se enredan en sus brazos;
raíces, frondas, extensión, altura.
Tengo un bosque en la mano.

Un bosque palpitante.

Insectos, nidos, pájaros, colmenas.

Animales nutriéndose de frutas,
de flores, de retoños, de cortezas.

Seres alimentando, dando forma
a otros cuerpos. Continua

imperativa ley donde se cumple
ese ciclo de vida-muerte-vida.

Y surgen más y más formas vitales
de la humilde semilla. El pensamiento
se pierde en oleadas infinitas...

¿Qué tengo entre los dedos?

Mínima muerte

Muerte. Mínima muerte. Detenido
un diminuto corazón de pájaro.

Sobre mi mano, inmóvil
la de antes inquietud fugaz del ala.

Rota la aguja musical del trino
que bordaba en el aire de la casa.

Una mortaja de sonrisa y flores
en la mínima muerte del canario.

¿Mínima muerte? ¿No es acaso una
siempre la muerte? Cuando apaga
estas pupilas de ave, ¿no es la misma
que ayer hizo cerrar ojos amados?

¿Y si extingue la lumbre de un cocuyo
no hace lo mismo que extinguir un astro?

La fuerza que lo empuja de la tierra
y lo llena de savia,

¿no es la misma que luego
marchita y tiende sobre el suelo al árbol?

¿No es la muerte otro aspecto de la vida?
¿Su otro hemisferio oscuro, inexplorado?

¿Dónde está la frontera
marcando lo que empieza y lo que acaba?

¿En cuál onda del éter vaga el trino
que vibró en la garganta del canario?

Olor de los helechos

Olor de los helechos en la sombra.
Cándido, primitivo olor. Penetra
de la terraza y por la casa toda
lleva un olor elemental de selva.
Se difunde en el aire
y hasta la piel lo aspira.
Los pensamientos se hacen simples, mansos,
en girar de hojas desprendidas.
Sin buscar rumbo, ni indagar, se entregan,
dejándose llevar, hojas al viento,
por la corriente suave
que fluye en el olor de los helechos.
Y llegan junto al río de la infancia,
en sus márgenes flota igual aroma.
Bajo sombra de ceibas y bucares
peces de plata, musgo entre las rocas.
Horas idas, paisajes ya borrados,
una vida en regreso.
Se siente sobre el hilo de un minuto
retroceder el tiempo.
El tiempo... sigue, sigue atrás su curso,
por siglos, por milenios. Ahora queda
en este olor de helechos diluida
la vegetal infancia de la tierra.

Fuga

En un cielo de nácar y naranja
la tarde se deslía.
Hay algo de otra hora, de otro tiempo
en esta luz que todo lo irrealiza.
Cuando se ve caer sobre las cosas
parece trascenderlas
hasta irradiar, juntando en resplandores
la tierra con el cielo.
Extraña claridad que transfigura
los contornos, las líneas del paisaje.
No son iguales a otros días
los árboles, el valle, la montaña.
Desconocida cumbre, irrespirado
aire sutil que nos rodea
de una paz jubilosa. Deslumbrado
escapa el pensamiento.
Fuga sin rumbo que lo abarca todo.
¿Hacia fuera? ¿Hacia adentro?
¡Si algo de este momento iluminado
retenerse pudiera!
(Así como al regreso de su fuga,
y ya en la cárcel de su jaula, el ave
aún traer parecía
libertad escondida entre las alas.)

No hay cansancio, temores ni inquietudes.
Prodigo de un instante.
¿Vacío? ¿Plenitud? Todo se funde
en esta luz de nácar y naranja.

Búsqueda

Todo el ser inclinado hacia sí mismo
buscándose, buscándose hasta el fondo
de su propia corriente en el espejo.
Y, presentido apenas el encuentro
interfiere su búsqueda la imagen
de su vivir en múltiples imágenes.
La imagen de la vida. Flor inmensa
de innumerables pétalos formada.
¿Una flor, o su sombra, o su reflejo?
Ahí está desplegada ante la mente,
atractiva, imperiosa, distayendo
hacia fascinadores espejismos.
Eludir esa sombra, ese reflejo,
deshojar esa flor. ¿Cómo hasta el fondo
del ser tornar la búsqueda eclipsada?
Silencio. ¿A qué la voz? Entre los labios
aliento nada más. Silencio unánime
sube y desciende y lo penetra todo.
Y en la silente atmósfera cautiva,
aquella enorme flor alucinante
inicia un lento deshojar de pétalos.
Calma, quietud. Dormido todo gesto,
inmóviles los párpados caídos.
Olvida el cuerpo su yacente estatua.

Y por un aire de cristal resbala
el llover de los pétalos cayendo.
Ya no hay ni pensamientos. Se deshacen
en un mar luminoso de infinito.
(La flor deja caer su último pétalo.)
Y, el imprevisto hallazgo, ahí en la nada
de ese cáliz vacío, el ser atónito
en un breve relámpago se encuentra.

La voz de la cigarra

Ni con palabras ni con voces. ¿Cómo
traducir el lenguaje de la tarde?
Lo que dice la línea de esas cumbres
y la neblina rosa que las baña;
esa brisa dulcísima en las hojas;
el sol entre los árboles
escondiendo sus pájaros de oro;
la tierra toda en calma. ¿Paz, cansancio?
Y este silencio, este silencio pleno
de arcanos signos, página cifrada
esperando una luz desconocida
para dar su mensaje.
Belleza en todo, angustia de belleza
que la frontera del dolor alcanza.
Y no hay una expresión en donde vuelque
su poema la tarde.
¿Sólo el silencio contenerlo puede?
Se alza y fluye la voz de una cigarra.
Es como la voz misma de la tierra,
desnuda, elemental, urgente, cálida,
dando a todos los aires el secreto
en la revelación de lo inefable.
Y todo: clave arcana del silencio;
señal de brisa, línea de montañas;

cansancio, paz, angustia de belleza;
dolor entre sus límites cercado,
todo lo dice, todo lo resume
la voz de la cigarra.

SIN TIEMPO Y SIN ESPACIO

(1961 - 1962)

Nos quedamos a solas con la infancia. Sobre la almohada del más largo sueño se van durmiendo las cabezas blancas. Huye entre mudos labios la respuesta donde bebieran agua alucinante las interrogaciones del recuerdo. ¿Dónde acudir cuando se olvide un árbol; cuando se pierda un nombre o un sendero? ¿Cómo asir las canciones olvidadas? A solas nos quedamos frente al tiempo de la niñez, frente a la azul comarca desprendida, borrada de la tierra, cuyos contornos mágicos renacen con perpetuo frescor en ese adentro de nosotros, sin tiempo y sin espacio, donde todo aparece resurgiendo de un mar que nos devuelve sus naufragios.

No se han ido las voces. Por la casa
rondan aún. Hasta nosotros llegan
en coro de otras voces familiares
o sobre quietas ondas de silencio.
A veces en urgencia de llamada
con el vibrar de nuestros nombres suenan.
Otras las risas de los niños se alzan
en el aturdimiento de los juegos.
Y apenas en un soplo se deshacen
entre los vagos límites del sueño.
¿Esas voces aún flotan en el aire,
o vienen a nosotros desde adentro?
Es el fugaz misterio de un instante
entre ilusión y realidad suspenso.
Pero en el corazón inicia un salto
el latido feliz de los regresos.

De las manos inmóviles, cruzadas
definitivamente sobre el pecho,
guardamos la riqueza de un legado
en la historia imborrable de sus gestos.
Gestos a nuestras manos traspasados
en el cumplimiento de remotas leyes.
En el diario vivir, a cada instante,
están en nuestras manos floreciendo.
En el partir el pan, servir el agua;
extender el mantel sobre la mesa;
hojear un libro; abrir una ventana;
apartar de la frente los cabellos.
Una red invisible nos enlaza
a lo desconocido. Sosteniendo
el hilo misterioso de unas manos
flotamos en el aire del recuerdo.

Ojos dormidos se abren y nos miran
detrás de nuestros párpados cerrados
y un tiempo hecho de imágenes reviven.
Todo el ayer es hoy en sus miradas.
Están aquí con amoroso signo
suavizando el camino de las lágrimas,
derramando luz dulce de caricia
cuando en dolor el pensamiento se abre.
Tal vez del fondo de nuestras pupilas
nuestra misma visión están mirando
y en gesto compasivo nos dirigen
a la contemplación de otros paisajes.
Así, por sus miradas conducidos,
hacia un país recóndito viajamos,
donde todo regresa, resucita
al sol maravilloso de la infancia.

Aquella casa de los dulces días
arraiga y se levanta sobre el polvo
de sus cimientos desaparecidos.
Bajo su alero tutelar retornan
pasos, ecos de voces ya dormidas;
se llena el aire de sus corredores
con las enredaderas de las risas.
Y transplantados del ayer remoto
reverdecen los árboles amigos.
Todo aquel mundo vegetal embosca
trayendo las colmenas y los nidos.
Allí el aula sin límites en donde
una niñez en éxtasis podía
leer el vuelo de las mariposas;
la sombra del parral sobre los lirios
y grabar para siempre las canciones
de los cañaverales en la brisa.

En el regreso de los animales
hay una vaguedad de encantamiento.
Ahí están acercando hasta la casa
su mansedumbre, su quietud, su vuelo.
Se anegan en dulzura de cansancio
resignado los ojos de los bueyes;
infantil alegría desbandada
corre con los potrillos y terneros
que juegan festejando
su doble infancia de animales nuevos.
Regreso innumerable.
Vidas simples, unidas a la nuestra
por ligazones de invisibles lazos,
en cada instante afirman su presencia.
La mañana despierta con los gallos
enredada de píos y gorjeos;
desde el cerro nos dan las guacharacas
su bárbaro concierto.
Ya el roce de una piel o de un plumaje;
ya la fugaz visión de una libélula;
arrullo de torcaces
o rítmico ondular de una serpiente.
Todo el día tejido, entrecruzado
con el vivir de los humildes seres
que nuestra luz comparten.

Y cuando ya la noche nos rodea
la voz del grillo alarga su llamada
y desde el monte llega
la oculta serenata de las ranas
entre la exhalación de las luciérnagas.

Unos cedros altísimos,
y más aún desde infantiles ojos,
haciendo un bosque frente a la casita.
Viajar de la mirada por los troncos
hacia arriba, hacia arriba,
en una lenta elevación de asombro.
Ese bosque de cedros junto al río
llamándonos. Entrar bajo su sombra
iniciación de silencioso rito
entre arcadas de un templo. El alborozo
todo en contemplación sobre cogido.
Las manos miran y los ojos tocan.
De gigantescos cirios derretida
la resina en brillantes goterones
cuelga de las cortezas: golosina,
oro, piedras preciosas.
Poderosas raíces
se alzan del suelo construyendo formas,
asiento, gruta, túnel, laberinto,
que la imaginación puebla y recorre.
Bosque de cuento. Aquel cuento vivido,
sin saberlo nosotros,
en la casita verde junto al río.

Los pies descalzos en la hierba fresca
de los amaneceres con rocío,
cuando el sol quiebra un sol en cada gota
de las que tiemblan entre las espigas.
Los pies descalzos escalando el tronco
rugoso de los árboles con nidos.
Y saltando, traviesos, resbalando
sobre las piedras húmedas del río.
Los pies descalzos en la tierra cálida
de los senderos en el mediodía,
subiendo a las colinas donde mora
en los ranchos de paja gente amiga.
Los pies descalzos en el aguacero
deshilachando el agua escurridiza
y secándose al viento de la tarde
bajo un cielo vestido de arco iris.
Los pies descalzos en las hojas secas
arrancándole músicas al paso.
Pisando sobre nísperos maduros,
humedecidas en dulzor las plantas.
Los pies descalzos frente al mar, huyendo
de las olas que vienen a alcanzarlos;
hundidos, dibujando sus contornos
en la arena mojada de la playa.

Confundidas en un deslumbramiento
las fronteras de ayer, hoy y mañana,
por sus caminos dulces en la vida
la niñez pasa con los pies descalzos.

El aljibe nos guarda oculto el rostro
del agua bajo tierra.

A buscarlo se asoman
nuestras cabezas al brocal de piedra.

El olor a humedad de las musgosas
paredes; aquel vaho de silencio,
y lejos en el fondo

el agua con su faz de luna llena.

Al caer cada piedrecita rompe
risas grabadas en profundo espejo;
luego el cristal alisado y sin ondas

las trizadas imágenes integra.

Van rodando hacia abajo nuestros nombres
empujados por gritos. Y regresan
ascendidos en alas misteriosas

prestadas por el eco.

El aljibe ya lejos de nosotros,

seca y tapiada su pupila ciega.

Piedrecitas, imágenes y nombres

dormidos allá dentro.

Cactus en el barranco.
El precipicio floreció su altura.
Nosotros en el borde donde enlaza
sus trabazones espinoso muro.
El muro de los cactus.
Unos alzan su rígida estatura;
enredan otros sierpes erizadas
y, agresivos, se juntan.
El camino, allá abajo,
visto parece desde extraño mundo,
este mundo salvaje
que con puñales la belleza escuda.
Así las flores, sonrosado nácar
y corolas de espuma;
el polen todo en oro desbordado
y un lejano, levísimo perfume.
Belleza inalcanzable,
su misma cercanía nos angustia.
Mientras el precipicio la respalda,
de espinas se circunda.

No era un árbol caído;
reclinado más bien sobre la tierra.
Vigor de savia desde las raíces
hasta el gran toldo de abanicos verdes.
Su cuerpo echado al suelo nos ponía
el peldaño inicial de una escalera
para llegar a su regazo, nido
de fantásticos juegos.
Bajo nuestro dominio
se desataba mágica corriente.
El árbol no era un árbol. Sucesiva
transmutación tocaba su materia.
Y entonces era un bosque. En los caminos
de sus ramas decíamos perdernos.
Después era el refugio de una isla
solitaria batida por el viento.
Luego un barco. Viajeros detenidos
en mares de verdor. Como de lejos
las voces de la casa nos traían
anunciación de puerto.
El tiempo se salía de sí mismo
desintegrado en espiral de tiempos.
Cada minuto era una vida,
otros soles regían nuestro cielo.

Una llamada. El tiempo sometido
al cauce de las horas y sus leyes.
El descender del árbol resumía
la afirmación exacta de un regreso.

Los murciélagos duermen
durante el día en el gran cuarto oscuro
donde la miel de caña que fermenta
da a los toneles un rumor de espumas.
Al entreabrir la puerta
un soplo de misterio se difunde.
Desde la claraboya baja apenas
una indecisa luz. En la penumbra
se ven colgar inmóviles del techo
—cosecha extraña— los sombríos frutos.
Aquí parecen otros. Cuando vuelan
estremeciendo la quietud nocturna,
son espantosos seres
cargados de fatídicos augurios.
Aquí parecen desvalidos, tiernos,
arrebjados en su piel de humo.
Casi atrae la caricia de los dedos
su desnudez de pájaros implumes.

Era el agua del río.

Viajaba cada día hasta la casa
aprisionada en húmedos barriles.

Su aliento de frescura se escapaba
de la madera. En ritmo cantarino
atravesaban las burbujas de aire
el manojo de hierbas comprimido
que el desborde sellaba.

Después, ya recogida
en la cóncava piedra agujereada,
desde el temblor de los helechos iba
gota por gota al tinajón de barro.

Era el agua del río.

De su libre cantar bajo los árboles
sólo guardaba esta menuda, fina
música de las gotas destilando.

La casa se dormía
entre el viento sonámbulo del campo
y el agua insomne adelgazando en hilos
trémulos las canciones de su cárcel.

La nueva casa vimos levantarse
en sus comienzos. Desde el día
cuando fueron cortados unos árboles
y arder miramos troncos y raíces.

Ya por la noche la humareda alzaba
al viento sus penachos destorcidos.
Y nosotros soñando: ¿Allí la casa,
como en los cuentos amanecería?

Desde profundos surcos los pilares
llegaban hasta arriba.

Y varas y bejucos anudados
formando muros. Hacia la delicia
de aquel montón de barro
amasado con hierbas, se nos iban
las manos, ambiciosas de un puñado
para llevar a la pared tejida.

Después surgió total. Corola blanca
bajo el halo rojizo
de los techos. Por puertas y ventanas
fluyendo nueva emanación de vida.

Trepó la enredadera a los portales;
floreieron los lirios.

Y en los costados le prendió la parra
sus alas extendidas.

En torno el azahar de los naranjos;
la acequia donde el platanal bebía
y aquel árbol, ya muerto, y aureolado
por la resurrección de las orquídeas.

Una cortina de cristal cayendo
desde el peñón al río.
El agua sobre el agua se destrenza
y su rumor apaga nuestra risa.
En todo está la luz. El sol penetra
al fondo y da a la arena sumergida
y a los pequeños peces
un baño de arco iris.
La cascada en sus flecos nos enreda
hasta llevarnos con la espuma hundidos.
Y al resurgir, de espaldas a la piedra,
nos aprisiona bajo su cortina.
Abrir los ojos al deslumbramiento
de una visión fantástica imprevista.
¿Qué paisaje de magia se bosqueja
tras el móvil prisma?
¿Ésos serán los árboles? ¿Aquéllos
los bambúes? Se deshacen las líneas.
Los colores se quiebran.
¿Es una galería submarina?
Estar allí transidos de belleza,
en instantes, fragmentos de infinito,
mirando el panorama ultraterreno
por el cristal de una ventana líquida.

Había un estanque verde
junto a la sombra de un camino de árboles.
El agua se acercaba hasta la tierra
alcanzando el nivel de los brocales.
Lo colmaba la lluvia; pero luego
los soles del verano
sobre la superficie iban tejiendo
un limo tierno de menudas láminas.
En la suelta emoción de una carrera
detenerse a mirarlo.
Siempre daba el instante de su encuentro
la maravilla de lo inesperado.
Era infantil placer rozar apenas
aquel tapiz soleado,
imaginando deslizar los dedos
por las escamas de un dragón de jade.

Se miraba al pasar por el camino
la vieja casa de musgosas tejas
con las gruesas columnas carcomidas
y el oscuro portal. Tupidas hierbas
junto a las verjas y el portón crecían.
Y en el jardín evocador de selva
aquella enorme trinitaria lila.
Sin hojas, nos mostraba desde lejos
sólo el morado de su mancha triste.
La casita, quedando casi envuelta
por los extensos brazos florecidos,
para nosotros, débil, indefensa,
bajo aquel pulpo de color moría.
Y nos rozaba un aire de tristeza
cuando al pasar nuestras miradas iban
para encontrarla abandonada, muerta
entre el sudario de las flores lila.

El trapiche llamando desde afuera.
Con dedos de claror la madrugada
se anuncia en las rendijas de las puertas
y va entrando a la estancia.
La cabeza dormida de la abuela
reclina su quietud sobre la almohada.
Salir, pasando al lado de su sueño;
atravesar el cuarto
sobre leves puntillas de silencio.
Y desde el corredor, entre un abrazo
de frío amanecer, llegar corriendo
al trapiche. Cantar de los muchachos
andando tras el paso de los bueyes.
Crujidos de la caña
al estallar su corazón en mieles
cuando entre férreos dientes se deshace.
Voces, ruido, bullicio, movimiento
con ritmo presuroso de trabajo
y alegría de fiesta.
Contemplar no es bastante.
Subir de un salto el escalón de piedra
penetrando en el círculo encantado.
Y caminar allí tras de los bueyes;
cantar, reír y aspirar el aire
saturado de rústicas esencias,

bebiendo en él entera la mañana.
Y ver más alto el sol a cada vuelta
de nuestro vivo carrusel del campo.

anotar si en la noche o en la noche
de la noche a la noche o en la noche
de la noche a la noche o en la noche

Era la hora de colgar la lámpara
en el portal. La sombra contenida
tras la línea del límite dorado
replegaba sus lóbregos dominios.
La luz para nosotros conquistaba
fronteras indecisas,
según jugaba el viento con la lámpara.
Mientras corría en el portal la vida
nocturna de la casa
y la conversación iba apacible
sobre los temas cándidos del campo,
nosotros, más allá de los pretiles,
eludiendo la charla y las llamadas,
cruzábamos fronteras para hundirnos
donde la oscuridad entre sus brazos
nos sostenía en la desconocida
región de los cocuyos y las ranas.

Sobre firmes horquetas se apoyaban
las piedras de moler en la cocina.
Siempre estábamos junto a las muchachas
cuando el cacao o el maíz molían.
De una piedra, brillante, perfumada,
la pasta del cacao descendía.
De otra el maíz molido descolgaba
sus rizados encajes de cortina.
Aquellas buenas manos atareadas
eran en su labor interrumpidas
para nuestros caprichos y amasaban
la gracia de sabrosas figuritas.
Muñecos de maíz sobre las brasas
se doraban clavados en astillas.
Con los de chocolate nos quedaba
un lento saborear de golosina.
Entre las piedras de moler, la infancia
echó los granos de su fantasía.
Ahora sobre piedras de añoranza
va el recuerdo moliendo aquellos días.

Hasta formar un muro van trayendo
cañas recién cortadas al trapiche.
Entre el volar de las avispas negras,
junto al muro llegamos atraídos
por su fresca dulzura. Nos parece
sobre los labios y en la piel sentirla.
Todo es dulce en redor, se saborea
también el aire mientras se respira.
Una lluvia de gotas se desprende
cuando la miel en espumoso río
corre por los canales de madera
y cae a los estanques. Todo el día
se endulzará al sabor de estos momentos
junto al muro de cañas transcurridos.

Salir corriendo de la casa al río
por el camino largo de las vacas.
Los cálidos guijarros, las espinas
pueden herir nuestras desnudas plantas
sin lograr detenernos. Sorprendidos
brillando al sol escapan los lagartos.
Pasa una gritería de pericos
sobre nuestras cabezas. A los lados
dos franjas de paisaje se deslizan
volando fuera de nuestras miradas.
Ahora nada existe,
sólo el túnel de luz por donde vamos
sintiendo, bajo un viento de delirio,
casi un batir de alas en la espalda.
Llegamos. A la orilla del camino
el sol cierra las últimas campánulas.
Llegar, tenderse en el frescor del río
dejando por la piel correr sus aguas
y desde abajo ver un cielo altísimo
asomando su azul entre los árboles.

Andamos por el cauce ya desnudo
sin la túnica viva de las aguas.
Persiste aún entre las piedras musgo
y en la arena humedad. Desde las márgenes
los árboles levantan su techumbre
para sombrear la soledad del cauce.
Todo está igual. Deja caer sus frutos
el alatrique en lluvia de corales;
al descender, rompiendo su envoltura,
las semillas de ceiba abren las alas,
y la vereda de la orilla cubren
con tapices de flores los bucares.
Sólo nos falta el río. Y en su busca
vamos, sobre su huella caminando.
Ya está la arena a nuestros pies más húmeda
y más oscura la mojada mancha.
Con señales el río nos anuncia
cómo ya cerca del encuentro estamos.
Y allí, en un bosquecillo donde oculta
el bijao sus flores casi pájaros,
arrimada a la orilla, entre unos juncos,
y todavía inmóvil, está el agua.

Perderse en el cañaveral de tarde
cuando están entreabriendo los jazmines.
Entre ese mar de cepas enlazadas
hundirse, caminando sin caminos.
Crecen allí escondidos los salvajes
jazmineros de tarde florecidos,
sus colores saliéndonos al paso:
blancos, rojos, morados, amarillos.
Al avanzar sentimos el quemante
roce del guaritoto en las rodillas;
ponen sobre la piel vivos tatuajes
las hojas de la caña con sus filos.
En el suelo, por bajo la hojarasca,
nos mira una perdiz desde su nido,
apenas la observamos un instante
por entre la brazada de jazmines.
En la impaciente búsqueda afanados
quedó la casa oculta a nuestra vista;
sólo se ven las copas de los árboles
asomando a lo lejos verdes islas.
Ya está bajando el sol tras la montaña.
Tiempo de regresar. Hacia el camino
de la casa volvemos orientados
por la humareda sobre la cocina.

Sobreando el pozo donde nos bañábamos
levantaban sus copas los caimitos.
Al sacudir el viento sus ramajes
todas las hojas bajo el sol ardían.
Unas hojas de oro otras de plata
rutilando en la altura, confundidos
caían sus reflejos en el agua
alargados en ondas serpentinas.
El agua, el sol, los árboles creando
un ambiente irreal, desconocido,
nos dejaban inmersos, deslumbrados
en transfiguración de maravilla.
La Belleza nos daba en ese instante
por vez primera su lección sublime.

El regocijo de sembrar. Jugando
con un puñado de semillas secas
tomar una y dejarla
acunada dormir entre la tierra.
En unos días, jubiloso hallazgo,
el primer brote de las hojas tiernas.
Y así fue, ramazón y esbelto tallo,
a nuestro lado el flamboyán creciendo,
hasta mirar su florecer en llamas
arder encima de nuestras cabezas.
Florecido quedó frente a la casa
en la mañana inicio de la ausencia.
Allá estará junto al camino dando
sombra o menuda lluvia de hojas secas
y en cada mes de mayo
encenderá su floración de fuego.

Aquella ceiba que nos trajo el río.
Al bajar el nivel de la creciente
vimos entre unas hierbas la semilla
medio escondida en la espumosa arena,
y casi a flor de tierra la pusimos
junto a la empalizada de la hacienda.
Y fue verla crecer mientras crecíamos
y su estatura superar la nuestra.
Hasta asomar el signo de aquel día
cuando allá sola se quedó creciendo.
Ya fuera de su sombra, hacia la vida
por otros rumbos caminamos lejos.
Años y años en cerrados círculos
antes de abrirse al alba del regreso.
Y al regresar, la ceiba en el camino
empujando su cuerpo gigantesco.
La casa de la infancia no existía,
no dejó en el paisaje ni una huella
para su evocación. A nuestra vista
solo testigo del ayer, la ceiba.
Y un instante, abrazándola, sentimos
cómo el ayer se resumía en ella.
La historia de los años infantiles;
la vieja casa; los queridos seres;

lo pasado, lo desaparecido,
latía oculto bajo su corteza.
Así en la brevedad de la semilla
estuvo contenida toda ella.

Las mariposas para nuestros juegos
venían en tropel frente a la casa,
interrumpiendo el ritmo de su vuelo
sobre los ramilletes de las salvias.
Entonces era hacerlas prisioneras
para llevarlas luego confinadas
a la cesta cubierta con un lienzo
—apariencia de rústica piñata—
suspendida de un árbol. El encierro
lleno de flores para alimentarlas.
Seguían agitándose allá dentro
en una leve rebeldía de alas.
Después, todo emoción, aquel momento
silencioso, feliz, de libertarlas.
Tan sólo un golpe al desprender el lienzo
y un volcán de colores estallaba.

Ya en la ciudad era nuestra alegría
inquietud enjaulada.
En la calle buscábamos caminos
y horizonte en paredes y tejados.
Cansaba la mirada entre sus líneas
el cuadrado de cielo de los patios.
Nuestra piel, asoleada todavía,
anhelando intemperie. La añoranza
venía en todo: en una fruta, un trino,
el aire fresco, el sol sobre las tapias.
Y de repente vimos
traer un haz de hierba por la casa.
A su verdor saltó nuestra alegría
corriendo tras su cálida fragancia.
Y al encontrarlo en el corral caímos
sobre el almohadón de su regazo
estrujando en las manos las espigas
y respirando aquel olor salvaje.
Por entre el haz de hierba se sentía
palpitárs todo el corazón del campo.

Despertar en la oscura madrugada
para salir en viaje hasta la hacienda.
Golpeando sobre el piso de la calle
se mueven los caballos impacientes.
Vamos en la montura respaldados
por el apoyo familiar de un pecho.
Las últimas casitas del poblado
atrás se pierden y el camino empieza.
Nos amedrenta cada tronco de árbol
apareciendo en la penumbra. El miedo,
crecido con los bultos alejados,
se desvanece al encontrarlos cerca.
Y el camino se queda sin fantasmas
cuando va poco a poco amaneciendo.
Ahora pasa un río entre los cascos
y nos salpican gotas de agua fresca.
Asoma en la blancura de sus patios
el pueblecito de las azucenas.
Mientras la idea de llegar levanta
al corazón en palpitá alegre,
ya el camino entre dos cañaverales
alcanza los linderos de la hacienda.
Se oyen trozos de coplas entonadas
por los trabajadores. Y aparece,
anegado en el sol de la mañana,
frente a nosotros el portón abierto.

Sábado. En bulliciosa caravana
tomamos el camino de la vega.
Alegría hacia el campo desbordada
saltando de los bancos de la escuela.
Casi corriendo todo el breve viaje
hasta la casa de pilares verdes
donde esperan colgadas las hamacas
en los portales con enredaderas.
Agobiados de fruta están los mangos;
vestidos de azahar los limoneros
y en flor el árbol de las pomalacas
extendiendo su púrpura en el suelo.
Con la primera claridad del alba
la impaciencia ahuyentándonos el sueño.
Antes del sol llegar a los parrales
y transitar las galerías frescas
tejidas por las vides enlazadas.
Allí donde conservan las acequias
huella perenne de humedad, levantan
sus diminutas palmas los helechos.
Los racimos en lienzo arrebjados
salvándose de pájaros y abejas
—capullos de una floración extraña—
en las tupidas ramazones cuelgan.

Al desnudar la madurez de ámbar
toda su plenitud tiembla en los dedos,
se abre el gesto goloso de los labios
y la dulzura estalla entre los dientes.

Toda llena de luz y aire marino
en su pequeño mundo nos contiene
la ciudad con su ronda de colinas
bajando hacia las playas. Nos movemos
como en el transcurrir de un día festivo.
Altas las voces, el decir risueño
y por la calle un aletear de risas
entrando hasta las casas con el viento.
Sobre el agua de lluvia detenida
en los pequeños pozos, se alza el vuelo
de mariposas blancas y amarillas
poniendo en torno animación de fiesta.
Las puertas siempre abiertas. Los jardines
y los patios se miran desde fuera.
Cada casa un olor: jazmines, higos,
rosas, estefanotis o reseda.
Los mayores aún juegan como niños.
Hay música y canciones. La pobreza,
limpia y con sol, no enturbia la alegría.
Y están presentes los queridos seres
—hoy en viaje de adiós definitivo—,
no idealizados por el gran misterio,
sino en la real belleza de la vida.

En la ciudad el mar desenvolviendo su maravilla próxima y distante. Caracoles y espuma en la ribera mientras en el confín al cielo alcanza. En activa inquietud el mar del puerto florecido de barcos y alcatraces, rompiendo en los pilares bajo el muelle su canción de regresos y de viajes. Y nuestro mar de los amaneceres. Recién nacido sol nos sigue al baño; encallan, regresando de la pesca, una tras otra las colmadas barchas y al vaciar su tesoro centellean con irisado brillo las escamas. Es el risueño mar de nuestros juegos, ondas tranquilas y collar de algas. Y al otro lado, trasponiendo el cerro el espumoso mar de las resacas. Y el de la ribazón. Saltan los peces llegando fugitivos a la playa hasta formar un muro en las arenas. Y por la noche una visión extraña cuando la luna llena resplandece sobre aquella fantástica muralla.

Nuestro mar, nuestro mar uno y diverso, ofreciendo una faz en cada playa; dando su ritmo al respirar del pueblo y el eco de su voz a las palabras.

No muy altas, dejando a nuestra vista perspectivas del cielo y horizonte, en torno van ciñendo las colinas un cinturón de verdes eslabones. Centinela del mar ésta vigila los azules caminos, y con voces de campanas y mímica de signos dice el arribo de los buques. Otra sostiene en alto el haz de luz amiga orientando a los barcos en la noche. Y nos engaña a veces cuando finge el riellar de una estrella entre las ondas. Aquélla abre la flor de una capilla matizada por vidrios de colores. Todas nos dan la gracia de sus líneas y el familiar hechizo de sus nombres. Pero la más cercana y más querida es ésta de veredas pedregosas, aroma fuerte de cancanapire y erizada de tunas y cardones. A sus laderas ásperas subimos por los salvajes frutos. Y al retorno un dolor de rasguños y de espinas ¡y la cosecha de las tacuas rojas!

Trayendo nueva luz en las pupilas, luz de arco iris a través del llanto; intentando volver hacia el camino con ritmo más sereno en nuestro paso; el cauce del sollozo humedecido en la frescura de nativas aguas; un tímido revuelo de sonrisa por entre los recuerdos aleteando y una venda de sol sobre la herida, así fortalecidos regresamos del remoto país donde subsiste nuestra niñez sin tiempo y sin espacio.

Índice

VENTANAS DE ENSUEÑO

Estrofas sencillas	1
Mis plantas	3
En la vida	4
Cuánto he soñado	5
Si yo quisiera	6
Abuelo mar	7
	8

HUMO

Humo	11
Andar	13
Amargura	14
Regreso	15
Te oí una tarde	16
	17

AMOR

Nuestro amor	19
Confianza	21
Siete días	23
Espera	24
	25

LUZ

Luz	27
Hojarasca	29
	30

En el parque	31
El muchacho hambriento	32
Naufragio	33
Pulgarcito	35
El corazón de la ciudad	37
EN SILENCIO	
En silencio	41
Puse mi voz en grito	43
La hora	45
Con las manos cruzadas	46
Yo recogí mi voz	48
Agua del mar	50
Mi hamaca	51
Estoy aquí	53
Raíces	55
Caminos	56
Aquí a tu lado	58
Tan alto te buscaba	59
El árbol de la muerte florecida	60
Hacia el recuerdo	62
Sólo esta lluvia	63
Puñado de tierra	65
Viento	67
Simiente	69
Mínima muerte	71
Olor de los helechos	73
Fuga	74
Búsqueda	75
La voz de la cigarra	77
	79

SIN TIEMPO Y SIN ESPACIO	
Nos quedamos a solas con la infancia.	81
No se han ido las voces. Por la casa	83
De las manos inmóviles, cruzadas	84
Ojos dormidos se abren y nos miran	85
Aquella casa de los dulces días	86
En el regreso de los animales	87
Unos cedros altísimos	88
Los pies descalzos en la hierba fresca	90
El aljibe nos guarda oculto el rostro	91
Cactus en el barranco.	93
No era un árbol caído;	94
Los murciélagos duermen	95
Era el agua del río.	97
La nueva casa vimos levantarse	98
Una cortina de cristal cayendo	99
Había un estanque verde	101
Se miraba al pasar por el camino	102
El trapiche llamado desde afuera.	103
Era la hora de colgar la lámpara	104
Sobre firmes horquetas se apoyaban	106
Hasta formar un muro van trayendo	107
Salir corriendo de la casa al río	108
Andamos por el cauce ya desnudo	109
Perderse en el cañaveral de tarde	110
Sobreando el pozo donde nos bañábamos	111
El regocijo de sembrar. Jugando	112
Aquella ceiba que nos trajo el río.	113
Las mariposas para nuestros juegos	114
Ya en la ciudad era nuestra alegría	116
Despertar en la oscura madrugada	117
	118

<i>Sábado. En bulliciosa caravana</i>	119
<i>Toda llena de luz y aire marino</i>	121
<i>En la ciudad el mar desenvolviendo</i>	122
<i>No muy altas, dejando a nuestra vista</i>	124
<i>Trayendo nueva luz en las pupilas</i>	125

Este libro se terminó de imprimir
en febrero 2004,
en los talleres de EDITORIAL TORINO,
situados en la calle El Buen Pastor,
edificio Urbansa, piso, local A, Boleita Norte,
Caracas - Venezuela.
Impreso en papel Cremy 60.

OTROS TÍTULOS

Antología poética
Reynaldo Pérez Só

La íntima desmesura
Luis Alberto Crespo

Poesía esencial
Pedro Francisco Lizardo

Antología poética
Rafael Arráiz Lucca

Obra poética
Alberto Arvelo Torrealba

Descampado
Eleazar León

Antología poética
Pascual Venegas Filardo

Antología retroactiva
Oscar Hahn

Antología poética
Darío Jaramillo Agudelo

Diario de viaje y otros poemas
Pedro Lastra

Antología poética
Elizabeth Schön

Por los respiraderos del día /
En un momento dado
Alfredo Silva Estrada

Un trino en la ventana vacía
Javier Sologuren

Antología poética (1938-1992)
Cintio Vitier

En los esplendores y derrumbes de la vida busca el poeta sus verdades. Las que revela Luisa del Valle Silva en su poesía fueron forjadas con el aliento de un espíritu romántico, cuya huella se percibe en el candor panteísta de sus primeros textos, inspirados por el resplandor del trópico y el mar.

El deslumbramiento que provoca en ella la naturaleza devendrá con el tiempo en expresión de deseo erótico. A través de su propia contención, ese deseo deja traslucir toda la crudeza de su urgencia: «Boca con sed, abierta / bajo la gota de agua que no cae. [...] Hambre... y para engañarla / morder la fruta seca del recuerdo». El enclave del pasado en la memoria le abrió también las puertas hacia una dimensión interior insondable, en la que la casa de la infancia «arraiga y se levanta sobre el polvo» y «trasplantados del ayer remoto / reverdecen los árboles amigos». Esta antología permitirá escuchar de nuevo a una voz mayor de la generación del 18. La selección y el prólogo son de Alfredo Silva Estrada.

Luisa del Valle Silva (Barcelona, 1896 - Caracas, 1962) fue fundadora de la Asociación Venezolana de Mujeres y la Asociación de Escritores de Venezuela. Entre sus libros de poesía destacan *Ventanas de ensueño* (1917-1925), *En silencio* (1944-1961) y *Sin tiempo y sin espacio* (1961-1962).

MONTE ÁVILA EDITORES
LATINOAMERICANA

ISBN: 980-01-1192-1



9789800111925